

Todo esto movió á Carlos III. á tomar la providencia de alejar por algun tiempo á O'Reilly de España, enviándole á reconocer las islas Chafarinas, si bien mas tarde, y pasadas estas impresiones, le confió el mando de Andalucía.

No menos abiertamente se pronunció la opinion pública contra el marqués de Grimaldi, pues propenso el pueblo, tiempo hacía ya, á culpar al ministro extranjero de las desgracias de la nacion, no podia dejar de atribuirle ahora la catástrofe de Argél, acaso mas que al mismo general que habia mandado las armas. De aquella disposicion de los ánimos se prevaleió el partido llamado aragonés, que desde París seguia capitaneando el conde de Aranda, para enardecer mas contra él las voluntades. Todos los papeles que salian contra la expedicion iban á parar á sus manos, dirigianle anónimos, aparecian diariamente pasquines, y mortificábanle de mil maneras. Dentro del gabinete contaba con poco ó ningun apoyo de sus compañeros: Muzquiz, sucesor de Esquilache, no podia ser partidario suyo por las circunstancias y la significacion de su entrada en el ministerio: Roda era aragonés, y como tal mas afiliado á aquel partido que al llamado de los golillas, aunque él lo era de profesion: el conde de Riela, que habia sucedido en el ministerio de la Guerra á don Juan Bautista Muniain <sup>(1)</sup>, era hechura de

(1) Falleció Muniain el 14 de enero de 1772, á la edad de 72 años.

Aranda; y los ministros de Indias y de Marina, don José de Galvez y el marqués de Castejon, que entraron á suceder al baillío Arriaga <sup>(1)</sup>, tampoco tenian motivos para ponerse al lado de Grimaldi. Eranle adversos hasta el príncipe y princesa de Asturias, á los cuales instigaba en este sentido don Ramon de Pignatelli, canónigo de Zaragoza, é hijo del conde de Fuentes, del partido aragonés, como lo era don José Nicolás de Azara, y como lo eran otros varios personajes de mas ó menos influencia y valía.

Faltábale igualmente en el gabinete francés el grande apoyo que en otro tiempo tuvo en el duque de Choiseul, á cuyo influjo debió su elevacion y el valimiento con el rey. Grandes novedades habian ocurrido recientemente en aquella córte. Luis XV. habia muerto el 10 de marzo de 1774, sucediéndole en el trono su nieto el jóven Luis XVI. Creyóse al principio, y asi lo esperó Grimaldi, en la reposicion de su amigo y protector Choiseul en el ministerio por influjo de la nueva reina, que era austriaca, y Choiseul habia sido el autor de la alianza del Austria. Mas todos estos cálculos se vieron pronto desvanecidos. El jóven monarca buscó para ministros personas que profesaban principios anti-austriacos, no obstante el afecto que profesaba

(1) Habia muerto frey don Julian de Arriaga el 26 de enero de 1775, tambien á los 75 años cumplidos: él y Muniain habian nacido con el siglo. Los negocios de este antiguo ministro demarina se repartieron entre Galvez y Castejon, formando dos ministerios como otras veces.

ba á la reina, y sacó del destierro para ponerle al frente del gobierno al anciano Maurepas, víctima de la Pompadour, y confió el ministerio de Estado al conde de Vergennes, enemigo personal de Choiseul. Con decir que se conservaba en la embajada de París el conde de Aranda, antagonista de Grimaldi, harto claro se ve que carecía éste de todo apoyo en la corte de Versalles, mientras en la de Madrid sus compañeros no le eran adictos, el pueblo le era contrario, y solo le sostenía el favor del rey, hallándose ya en el caso que en otro tiempo el marqués de Esquilache.

Las novedades de Francia anunciaban un cambio en el horizonte político. Luis XVI., si bien joven é inexperto, y sin la capacidad y energía necesaria para remediar inveterados abusos y efectuar una mudanza importante en el gobierno y la constitucion del país, mostraba las mas sanas intenciones y deseos, y de contado parecia haber acabado los reinados de las cortesanas y mancebas. Tampoco parecia fundar, como su antecesor, el interés de la política exterior en el Pacto de Familia, que habia sido la base del encumbramiento de Grimaldi. De estas circunstancias se aprovechaba Portugal, para suscitar cuestiones á España, oyendo las instigaciones de Inglaterra, y á que daban fácilmente ocasion las eternas disputas sobre límites de sus respectivas colonias de la América del Sur. Acusábanse mutuamente ambos gobiernos de agresiones en sus territorios y posesiones, y los actos hostiles de este

género entre los gobernadores de Buenos-Aires y del Brasil avivaron la ojeriza con que el marqués de Pombal habia de antiguo mirado al de Grimaldi. De modo que ni en la corte de España ni en las estrangeras veía ya este ministro sino personas dispuestas á contribuir á su caída, ó cuando menos á congratularse de ella.

Convencido estaba él mismo de que no podía ya permanecer mucho tiempo en el ministerio, y si bien en el principio aparentó recibir con cierta serenidad tantas contrariedades, fué de dia en dia perdiendo vigor y cayendo de ánimo; en términos que era ya él mismo el mas resuelto á retirarse, y solo por condescendencia á los deseos de su soberano permanecía al frente de los negocios, no sin renovar á menudo las instancias para que le relevase de un cargo que se le hacia ya harto penoso, y ciertamente con fundamento; porque hasta el príncipe de Asturias, que habia debido á Grimaldi el que su padre le diera entrada en los consejos de gabinete (en verdad con la esperanza de parte del ministro de disminuir por este medio su responsabilidad y el odio con que el pueblo le miraba), en todas las deliberaciones se mostraba opuesto á Grimaldi, contribuyendo así á su mayor daño una medida que calculó le habia de ser de gran provecho. Por último, una cuestion nacida en una corporacion al parecer de suyo inofensiva y agena á la política, fué la que apresuró la caída del antiguo ministro de Carlos III. Vacante la secretaría de la Real Academia de

Nobles Artes de San Fernando, proveyóla Grimaldi como ministro de Estado y protector de la Academia, sin propuesta de la corporacion; dióse ésta por ofendida y vulnerada en sus derechos, no obstante haber recaído el nombramiento en persona tan ilustrada y digna como don Antonio Ponz, y surgieron de aqui contestaciones desagradables entre el ministro y la Academia, de que se aprovecharon muchos personajes para atizar la discordia poniéndose del lado de la Academia en odio al ministro. Y este disgusto que Grimaldi hubiera sobrellevado y vencido fácilmente en tiempos de mas vigor, le afectó tanto en el estado de abatimiento en que ya se encontraba, que redoblando resueltamente sus anteriores instancias al rey, logró al fin que Carlos le admitiera la renuncia, si bien consignando en ella lo muy satisfecho que quedaba de sus servicios, y nombrándole, para honrarle, su embajador en Roma (1).

Tuvo ademas Grimaldi en su caida la satisfaccion de burlar las esperanzas de sus adversarios, logrando que le reemplazara en el ministerio uno de sus mas protegidos y amigos, á saber, el conde de Floridablanca, que al efecto dejaba la embajada de Roma que él iba á desempeñar. Quiso tambien el rey que continuára el ministro dimisionario al frente de los negocios de Estado hasta la llegada de su sucesor, que por

(1) Armona, Noticias privadas de casa, P. III.

cierto se difirió todavía bastantes meses, á causa de haberse detenido en lá córte de Nápoles. Luego que llegó Floridablanca, y despues de haberle acompañado Grimaldi al primer consejo de gabinete, despidióse de una córte en que habia hecho por diez y siete años el papel de primer ministro: el rey le despidió con nuevas demostraciones de estimacion y aprecio, y por último, despues de haber salido recompensó su mérito y servicios otorgándole la grandeza de España con título de duque para sí y sus herederos, cuya noticia le fué enviada por un correo extraordinario que le alcanzó en Medina del Campo, donde habia ido á pasar unos dias con su antiguo amigo el marqués de la Ensenada, que, como hemos dicho en otro lugar, vivia allí retirado.

Con la salida de Grimaldi se verificó lo que hacía mas de veinte y dos años que no se veia en España, y por lo tanto se miró como una cosa estraña y singular, á saber, que todos los ministros que quedaron eran españoles: rara vez habia sucedido desde el principio del siglo.

Epoca fué ésta de mudanzas notables en el personal de los gobiernos que estaban mas en relacion y contacto. Acabamos de ver las que hubo en los gabinetes de Francia y España. En Nápoles los desarreglos y desórdenes de aquel palacio, la disipacion y los caprichos de aquellos reyes, los paseos nocturnos con innobles disfraces desdorosos de la magestad, los bailes,

juegos y cabalgatas, los enredos de criados inferiores y gente baladí, las influencias de damas disolutas, y otras fealdades que obligaron á Carlos III. á reprender muchas veces al rey su hijo, y á María Teresa de Austria á reconvenir á la reina su hija, ocasionaron grandes amarguras al marqués de Tanucci, y produjeron la salida de aquel antiguo ministro (1776), que lo habia sido ya de Carlos III. cuando fué rey de las Dos Sicilias, que cuando vino á España le transmitió como en herencia á su hijo Fernando, y á quien ahora, aun despues de caído, continuó dispensándole la misma confianza de siempre y consultándole en los negocios y casos mas importantes y difíciles (4).

Al propio tiempo poco más ó menos ocurrió en Portugal haber sido acometido el rey José I. del ataque de apoplejía que le dejó sin habla y concluyó por llevarle al sepulcro (4 de febrero, 1777). La reina María Ana Victoria su esposa, hermana de Carlos III. de España y señora de muy altas prendas, y que durante la enfermedad del rey gobernaba el reino, aprovechó aquella ocasion para deshacerse del célebre ministro Pombal, el cual no tardó en salir como desterrado para sus posesiones, llevando tras sí el odio del pueblo y la execración de la nobleza portuguesa, contra la cual se habia cruelmente ensangrentado, y que no sin razon le miró por largos años como su desapiadado ver-

(4) Consérvase larga correspondencia sobre esto entre Carlos III. Tanucci y Losada.

dugo. Sobraba tambien justicia á la reina para aborrecer á Pombal, porque este ministro, ademas de las cualidades personales que le hacian odioso, concibió el proyecto de escluir las hembras de la sucesion á la corona, logró el consentimiento del rey, y tenia ya preparada el acta de renuncia de la princesa su hija que habia de transmitir la herencia del trono al príncipe del Brasil su nieto. Pero descubierto á tiempo el secreto, y declarando Carlos III. de España su resolucion de sostener con la fuerza los derechos de su sobrina, conjuróse la trama, y á la muerte de José heredó la princesa sin oposicion el trono.

Dirémos algo, en beneficio del orden y de la claridad histórica, y como complemento de los acontecimientos exteriores, objeto de la narracion de este capítulo, de cómo influyó la caida de Pombal en el arreglo de la grave cuestion pendiente entre Portugal y España. Empeñado aquel ministro en estender los límites portugueses en las colonias del Nuevo Mundo, asunto de inveterada disputa entre las dos naciones, habia, sin declaracion de guerra, enviado una escuadra con nueve regimientos y gran tren de artillería á Rio Grande, la cual derrotó una division española de Buenos-Aires y se apoderó de varios fuertes. España por su parte acercó tropas á la frontera de Portugal, envió refuerzos á América, y notificó á Francia haber llegado el caso de prestarle el apoyo estipulado en el Pacto de Familia. Portugal acudió á Inglaterra; más en tanto

que se discutía este negocio entre las potencias que habían de ser como mediadoras, del puerto de Cádiz se daba á la vela (noviembre, 1776) con dirección á los establecimientos portugueses del Nuevo Mundo una escuadra española de doce buques de guerra á cargo del marqués de Casa-Tilly, con nueve mil hombres de desembarco al mando de don Pedro Ceballos, antiguo gobernador y capitán general de Buenos Aires. El principal punto de ataque era la isla de Santa Catalina en las costas del Brasil, importante por su proximidad á Rio Janeiro. Los portugueses, que hubieran podido defender fácilmente la entrada del puerto, porque tenían para ello naves y fuerzas sobradas, y las costas eran de difícil acceso, abandonaron cobardemente la fortaleza de Santa Cruz, y se retiraron á lo interior del país perseguidos por los españoles, porque su escuadra también huyó precipitadamente. El resultado de esta extraña conducta fué quedar todas sus tropas prisioneras de los españoles, apoderarse éstos de la isla, dirigirse después al río de la Plata, y ocupar la colonia del Sacramento, objeto de las interminables discordias, con otras varias islas y establecimientos portugueses situados en aquellas partes.

Ocurrió en esto la muerte de José I. y la destitución del ministro Pombal, lo cual unido al agradecimiento de la nueva soberana á Carlos III. su tío por el apoyo que le había prestado en el asunto de la sucesión, necesariamente había de producir un cambio en las re-

laciones de ambas potencias. En efecto, se convino inmediatamente en una tregua, y se entró en negociaciones bajo los más favorables auspicios. La corte de Lisboa, desesperanzada de recibir auxilios de Inglaterra, conoció su debilidad; y Carlos III., contento con la recuperación del territorio que había sido siempre la manzana de la discordia entre las dos naciones, accedió á celebrar un tratado de límites que sobre aquella base arreglase definitivamente los puntos que motivaban las antiguas desavenencias. Este tratado se firmó en San Ildefonso (1.º de octubre, 1777) por el nuevo ministro de Estado español y el plenipotenciario portugués. Por él cedía Portugal á España la colonia del Sacramento, y con ella la navegación del río de la Plata, del Paraguay y Paraná; para el arreglo de límites entre el Brasil y el Paraguay cedía España una parte del territorio en la Laguna Grande y Mairin que ántes había reclamado; y para la designación de los que se habían de fijar entre el Brasil y el Perú cedió también España una vasta porción de territorio al Sudeste del Perú, que formaba la mayor parte del país de las Amazonas, devolvía también la isla de Santa Catalina, y Portugal renunciaba al derecho que alegaba tener á las Filipinas por la línea divisoria de la famosa bula de Alejandro VI. (1). Y por último, este tratado fué la base de otra más estrecha alianza que se estipuló des-

(1) Colección de Tratados.— Silva, Historia de Portugal, tomo III. — Beccatini, Vida de Carlos III.— mo III.

pués (24 de marzo, 1778), y en que no solo se ajustó una union comercial y política entre ambas naciones, sino que se formó otra especie de pacto ó convenio de familia, por el que se declaraba, que tanto en la paz como en la guerra se considerarían Portugal y España como si fueran naciones pertenecientes á un mismo soberano, garantizándose recíprocamente sus territorios respectivos tanto en Europa como en la América del Sur, conforme al tratado de límites de 1777.

Obra fueron estos tratados del nuevo ministro conde de Floridablanca, que inauguró con este tino y esta fortuna su ministerio. Mucho se esperaba de su talento y habilidad, y el conde de Aranda dió una honrosa prueba del alto concepto en que tenía á Patiño, pues con ser el gefe reconocido del partido opuesto, le escribió desde París dándole la enhorabuena por su nombramiento, en términos los mas lisonjeros y afectuosos, felicitándole de corazon, y diciéndole entre otras cosas, «que las historias le harian justicia inmortalizándole (1).»

(1) Carta de Aranda á Floridablanca, de París 26 de noviembre de 1776.—Floridablanca con- testó á Aranda desde Roma en 48 de diciembre, y desde Madrid en 24 de febrero de 1777.

## CAPITULO X.

### COLONIZACION DE SIERRA-MORENA.

De 1766 á 1778.

Origen de las nuevas poblaciones de Andalucía.—Proposicion del aleman Thurriegel para traer colonos extranjeros.—Condiciones de la contrata ajustadas con Campomanes.—Real cédula, con la instruccion del régimen y administracion de las futuras colonias.—Nombramiento de Olavide para director y superintendente de ellas.—Antecedentes é ideas de Olavide.—Fundacion de poblaciones.—Aspecto risueño de la comarca.—Quejas sobre abusos.—Visita que se manda girar.—Informes.—Defiéndose Olavide, y es repuesto en la superintendencia.—Halagüeños resultados de la colonizacion.—Nueva persecucion contra Olavide.—Es delatado á la Inquisicion por herege.—Proceso que se le forma.—Sentencia y autillo de fé.—Va á cumplir su penitencia á un convento.—Sale con licencia á baños y se fuga á Francia.—Vicisitudes de su vida.—Se convierte.—Escribe el *Evangelio en triunfo*.—Cómo logró el volver á España.—Su muerte.

Uno de los caracteres que mas distinguen y que mas honran el reinado de Carlos III. de Borbon es el impulso y fomento que recibieron todos los ramos que constituyen ó la riqueza, ó el bienestar, ó el buen orden administrativo, ó la cultura y civilizacion de un pueblo; bienes todos que marchan comúnmente au-